

Tiempo de inestabilidad

Por [Colleen Gibson](#)



Oct. 17, 2014

“Es algo que tiene mucho sentido, ¿no?”. La dulce voz de una productora de radio me dijo por teléfono que nuestra conversación previa a la entrevista había terminado. Era una mujer de mi edad y se refería a una parte de la historia de mi vocación. Para ella, tenía pleno significado que mi sentido de la llamada creciera a medida que se acercaba el final de mis estudios previos a la graduación. “Después de todo”, dijo, “¿Qué podría ser más atractivo para un estudiante de último año que una forma estructurada de vida, la promesa de estabilidad en medio de una transición importante de la vida?”

Sus palabras quedaron flotando en el aire. Yo no estaba muy segura de cómo responder. En mis muchas reflexiones a propósito mi llamada a la vida religiosa, no se me había ocurrido la perspectiva de estabilidad y estructura. Sin embargo, su observación me llevó a considerar si, tal vez inconscientemente, esto había formado parte de mi valoración de la vida religiosa.

Desde fuera, puede parecer que la vida religiosa ofrece una vida libre de los cambios sísmicos que se viven todos los días en el mundo hoy. Con sus estructuras y el estilo con que se forma a las nuevas hermanas, ¿cómo podría no ofrecer un sentido de estabilidad y continuidad a quienes llegan a ella? Seguramente, el convento debe de ser un refugio frente a los males del mundo, un lugar al que se puede entrar para huir, una huida de las difíciles decisiones y cambios de la vida —esto es lo que mi amiga periodista parecía estar diciendo.

Lo cierto es, sin embargo, que la vida religiosa y la formación de las religiosas jóvenes son un espejo de nuestro tiempo. La indecisión de nuestro mundo y la continua necesidad de diálogo no se quedan a las puertas de las congregaciones religiosas. En las congregaciones se debate sobre cómo ser proféticas en nuestro mundo de hoy y cómo lograr cambiar un mundo desgarrado por la desigualdad, los prejuicios y la violencia. Al mismo tiempo, estos debates congregacionales, también se centran en las realidades de la vida: número de miembros, fondos de jubilación, cambios demográficos...

Como hermana más nueva, me parece que tomar parte en estos debates puede ser tan estimulante como engorroso. La llamada a una nueva visión resuena claramente con fuerza y celo; sin embargo, la respuesta a esta llamada puede sentirse como con reservas, con un sentido de duda y temor.

Lo nuevo suele producir terror. Partir hacia lo desconocido requiere caminos nunca antes recorridos y significados nunca antes considerados. Nuestro instinto puede ser retornar a lo que nos es familiar, pero en un tiempo en que todo está cambiando, serán los nuevos caminos basados en un agudo discernimiento del Espíritu y la esencia de la verdad de la tradición lo que nos conducirá hacia el futuro.

No hay ninguna garantía de estabilidad en esto. Como hermana más nueva, esto puede ser una verdad difícil de resolver. Estamos en el tiempo de la inestabilidad. Tal vez por ser la

hermana más nueva siento esta inestabilidad más que las demás o, al menos, siento la necesidad de nombrarla como tal.

Toda mi formación como religiosa ha girado en torno a aprender a vivir en el desnivel de esta vida. Cuando las circunstancias cambian, yo también debo hacerlo. Estas lecciones me han llegado tanto en la teoría como en la práctica.

En los últimos dos años y medio he vivido en cinco lugares diferentes. Esto significa cinco comunidades locales diferentes, hacer el equipaje y trasladarme cinco veces, cinco oportunidades para encontrarme sin un lugar al que poder llamar realmente hogar. He hecho frente a los cambios de comunidad y a los cambios en el programa de formación y personales. He tenido que aprender a ser flexible y también he aprendido mi propia resiliencia frente a la adversidad.

Los nuevos miembros de las congregaciones religiosas no vinieron a la vida religiosa con la expectativa de que todo estaría bien. Nuestra esperanza está en Jesús y nuestra íntima relación con esta esperanza nos lleva a una vida enraizada en el Evangelio viviendo como religiosas. Por esto vinimos y por esto nos quedamos. Viviendo la vida nos sentimos llamadas a anclarnos firmemente en esta esperanza.

La inestabilidad nos adentra en la relación con Dios y con las demás. Porque por mucho que cambie el mundo, Dios permanece. De hecho, en la inestabilidad de nuestro tiempo esta relación es capaz de prosperar, no solo con la Divinidad, sino entre las hermanas, sin importar nuestras edades o los años de vida religiosa. Hay una unidad fundada en la inestabilidad, un apoyo descubierto en el mismo acto de la agitación mutua. Tener a alguien más contigo en el viaje es una fuerza estabilizadora. Porque es en plena mutación cuando se forjan los vínculos sólidos.

Navegar por los cambios de paradigma de nuestro tiempo no es tarea fácil para nadie que viva la vida religiosa hoy. Para las hermanas más experimentadas, este cambio significa adaptarse a una nueva forma de pensar y adoptar una nueva forma de vivir. Algunas lo hacen y otras no. Para las hermanas más recientes, navegar por este cambio de paradigma significa confiar en una estructura que está cambiando activamente. No es tarea fácil; es un acto de fe.

Quizá no hay mejor explicación de por qué alguien viene a la vida religiosa (y permanece) que ~~solo~~ esta: la fe. La llamada necesita fe, y la fe se arroja en la esperanza. Frente a la inestabilidad, la fe es el camino siempre antiguo, siempre nuevo. Nos pide que creamos y nos llama a perseverar.

Por mucho que la sociedad imagine que una hermana es un proceso dictado por estructuras fijadas, normas y sistemas, lo cierto es que la vida religiosa se encuentra hoy en el flujo. La variación en el número de los nuevos miembros que entran en las congregaciones ha requerido nuevos programas de formación. Este cambio no es algo nuevo; ha tenido lugar en los últimos treinta años, o más. En muchos sentidos, mi experiencia se hace eco de mujeres que casi me doblan la edad; mujeres que se encontraban en las etapas iniciales de formación cuando yo estaba en pañales.

La inestabilidad continúa mientras se produce el cambio. En medio de todo esto, es necesario considerar qué es lo que sostendrá y conformará nuestro futuro como religiosas. A medida que nos esforzamos por transformar el mundo que nos rodea, nos

transformamos a nosotras mismas. Es este un proceso de cambio en el que han de tomarse en consideración las voces, necesidades y deseos de los miembros más recientes.

Como me han dicho una y otra vez durante mi formación, “Dios escribe derecho con renglones torcidos”. Pese a toda la buena voluntad que hay tras esta afirmación, yo tengo tendencia a no creerla. Como navegamos por un tiempo de inestabilidad no solo en la vida religiosa, sino en el mundo entero, podría ser útil recordar que los caminos que seguimos en la fe nos ayudan a vivir en la esperanza de nuestro destino. Viajamos por estos caminos junto a nuestro Dios y, al hacerlo, nos damos cuenta de que no están torcidas las líneas que Dios hace directamente, sino nuestra idea de lo que es recto que Dios decida derecho. De manera que, cuando lleguemos al final en la fe y la esperanza podamos simplemente escuchar: ““Es algo que tiene mucho sentido, ¿no?””

[Colleen Gibson, SSJ, es una hermana of Saint Joseph of Philadelphia. Autora del blog [Wandering in Wonder](#), trabaja normalmente como directora asistente del ministro del campus del Chestnut Hill College, de Filadelfia]

(Traducción, por Desveladas)

Fuente:

<http://globalsistersreport.org/column/horizons/trends/age-instability-13091>